

7 de agosto de 2022 -- 19º domingo "C"

[Wis. 18, 3...9; Heb. 11, ...19; Lucas 12, 32-48](#)

Homilía

La historia, vista con ojos humanos, es casi siempre una pesadilla. Esto es cierto hoy, como lo fue en la época de los profetas del Antiguo Testamento y en la de Jesús. Siempre hay más escándalo, opresión y agresión, más guerra y limpieza étnica de lo que podemos imaginar.

Pero tenemos que situar todo esto en un contexto más amplio, en relación con el pasado, pero sobre todo en relación con el futuro. Porque aunque el pasado puede ayudarnos a entender lo que vivimos hoy, es el futuro el que da sentido a lo que vivimos hoy. Por eso Jesús nos invita a estar preparados para el día del encuentro final con nuestro Dios. Y esto lo podemos aprender de nuestros antepasados en la fe, el Pueblo de Israel.

Dios, tal y como lo entendía el pueblo de Israel, era el Dios del Éxodo, del Exilio y de la Promesa. La concepción pagana de Dios era la de una presencia inmediata y conducía a una religión de ídolos. Israel no tenía ídolos; Israel adoraba el nombre del Dios de la Promesa, y esta religión creó una historia, una historia sagrada que era menos la experiencia de un cambio continuo que la expectativa de su cumplimiento.

Seguían viviendo en el presente, pero lo que vivían recibía su significado de lo que se les prometía en el futuro; y su esperanza en el futuro se basaba en el amor que Dios les había mostrado en el pasado.

La primera lectura de hoy, del libro de la Sabiduría, nos habla de la noche santa del Éxodo, cuando el pueblo de Israel fue conducido fuera de Egipto por Yahvé. A continuación, la lectura del Evangelio alude a la Gran Noche de la Resurrección de Cristo de entre los muertos. Ninguna de estas dos noches fue el final de un proceso histórico. La Resurrección no fue el fin de nada. El sepulcro vacío no era, como pensaba Hegel, el memorial de la nostalgia. La resurrección de Cristo, como el Éxodo de Egipto, fue un acontecimiento que abrió el futuro, que reafirmó y confirmó la promesa de Dios.

El sentido último de nuestra existencia no se encuentra en los acontecimientos pasados del pueblo de Israel, que salió de Egipto hace unos tres mil años, o de Jesús, que salió de la tumba hace unos dos mil años. Este sentido último se encuentra en la resurrección de

toda la humanidad, en la liberación total de todos los seres humanos de la esclavitud del pecado, la opresión y la guerra. Por eso la llamada de Jesús a estar preparados y vigilantes no es una llamada a la pasividad. Es una llamada a estar activamente atentos, una llamada a trabajar personal y lúcidamente por la realización de la Promesa.

No debemos avanzar en la historia, mirando hacia atrás. Lo que estamos llamados a hacer es construir un futuro que acerque la liberación final y total, viviendo auténtica y responsablemente en el presente.

No sabemos exactamente cuál será el futuro de nuestra sociedad, de nuestra Iglesia, de nuestra comunidad. Pero creemos (en la Fe) que habrá un futuro y sabemos que ese futuro está en manos de Dios y que se realizará con nuestra colaboración. Y la base de esta fe es que sabemos lo que Dios ha sido para nosotros en el pasado.

Muchos de nuestros planes no han funcionado; muchas de nuestras expectativas no se han cumplido. Como los discípulos de Emaús, que iban juntos por el camino, a menudo hacemos una lista de las esperanzas que no se han cumplido. La fe en la presencia del Extranjero que camina a nuestro lado nos asegura que ha resucitado de verdad y que, tarde o temprano, con nuestra participación, se producirá la resurrección final de toda la humanidad.

Celebremos esta fe en la Eucaristía, que ahora continuaremos.

Armand Veilleux